

# El ciudadano ante la crisis

Fabio Humberto Giraldo Jiménez\*

Tengo como propósito tratar de entender cómo intervienen y podrían participar los ciudadanos de todas las condiciones en la situación actual del país. Para tal efecto, propongo un análisis basado en las siguientes variables: la debilidad del Estado y del gobierno; la cantidad y la calidad de la información a la que un ciudadano común puede acceder; las tácticas de los actores principales involucrados en la cuestión; y las consecuencias positivas y negativas para la sociedad en general.

El contenido que se pueda acumular al tener en cuenta las anteriores variables constituye la información básica disponible. Aunque no es una información de primera mano, a partir de ella se puede elaborar un análisis político -no jurídico- sobre la manera como los actores involucrados han manejado el conflicto y además aventurar algunas hipótesis sobre el desenvolvimiento y las consecuencias posibles del mismo. Por supuesto, análisis de este tipo se justifican en razón de la claridad que le proporcionen al debate y no se cae en la ingenuidad de creer que las decisiones reales se tomen de acuerdo con ellos.

Como se trata de un intento analítico por comprender el fenómeno, resulta inútil involucrarse en el juego farandulesco de las opiniones en pro o en contra de una de las partes; quienes, paradójicamente, desde posiciones opuestas, manifiestan ser representantes y defensoras de una sociedad que -y ésta es una de mis tesis centrales- no está involucrada en el problema pero lo padece.

## I. Primera variable. Debilidad del Estado y del gobierno

La esencia de la corrupción dentro de las instituciones estatales es la privatización de lo público. En Colombia, la clase política ha privatizado la política, que es pública, en favor de grupos de interés pequeños y cerrados,

\*Profesor e investigador. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia

entre ellos los partidos; se privatiza el Derecho -que es abstracto y universal- cuando se coopta en favor de intereses particulares tanto el nombramiento de sus operadores como los procesos y las decisiones judiciales; se privatiza la fuerza, en extremo la violencia, cuando grupos privados dentro y fuera del gobierno, la ejercen quebrando el monopolio del Estado sobre su uso legítimo.

La vieja y la reciente historia nos muestra estas tres formas principales de privatización de lo público -a través de la política, del Derecho o por la fuerza (violencia)- amalgamadas y sirviendo a poderes económicos privados legales e ilegales. Ambas formas de poder económico se han nutrido de los mismos métodos de corrupción, pero los que utiliza la economía legal han sido legitimados y legalizados, aunque constituyan la causa más profunda de privatización de la política y de las decisiones estatales y gubernamentales, sobre todo, en lo referente a la economía social, una de cuyas consecuencias es la vergonzosa desigualdad social.

Aunque el propósito sea semejante -el enriquecimiento privado-, no se confiere el mismo privilegio a los mismos métodos de corrupción cuando se trata de las economías ilegales y, en particular, la del narcotráfico; se les deslegitima, pero se les ha tolerado de acuerdo con las circunstancias, aún a sabiendas de las espantosas consecuencias del tráfico de narcóticos. En las actuales circunstancias es máximo, como en ninguna otra época, el grado de deslegitimación y de intolerancia, tanto de la economía ligada al narcotráfico como de los métodos de corrupción -política, jurídica y violenta- que la posibilita.

De tal manera que el fenómeno no es nuevo, pues toca las estructuras profundas del sistema y del régimen político. Lo nuevo es la coyuntura producida por un descuido, por una infidencia, por un malentendido, por traiciones e inclusive por el celo de buena fe de algunos funcionarios. Y todo ello parece corroborar aquello tan común en Colombia, de que "ladrón no es el que roba sino el que se deja coger". Problema del cual, por lo demás, la criminología crítica se ha ocupado profusamente.

El afloramiento de la crisis coyuntural se ha producido por factores externos (de política internacional) y por los factores internos ya anotados, que influyen para que el problema principal no aparezca como tal sino como un útil que sirve para la competencia por el control particular sobre las instituciones públicas. Porque el problema principal es la crisis estructural de

raigambre profunda y de larga duración ligada a la corrupción en general y a la producida por el narcotráfico en especial.

A esa crisis estructural se le superpone otra, la actual, que es coyuntural y particular, no por que sea pasajera sino por las condiciones mismas de su emergencia o surgimiento y por los rumbos que está tomando su solución.

En efecto, a las crisis coyunturales, que no son más que la erupción de un volcán en efervescencia y que seguirá en ese estado, se les ha dado siempre soluciones coyunturales que "guardan las apariencias". La consecuencia de este tipo de alternativas de solución es que la crisis coyuntural se decanta y sedimenta sobre la estructural agravando sus peligros. Lo más preocupante de todo es que la crisis coyuntural, que adquiere la notoriedad de una telenovela exitosa, incluso en el sentido de que su éxito depende de su estructura interna -producción, libreto y actuación-, es padecida por el círculo cerrado de los actores involucrados, pero en cuanto recibe una solución "decorosa", es decir, decorada, se sedimenta en la crisis de fondo que sí la padece la sociedad en su conjunto.

Es obvio que los actores directos de la coyuntura tratan de involucrar a la sociedad en general apelando a las pasiones, a las prebendas, al populismo, a las filiaciones, al compadrazgo y al clientelismo, todo por la vía de una propaganda oficiada a través de medios de comunicación. Se pretende que una confrontación entre grupos privados se generalice.

Lo paradójico es que la crisis de fondo originada por algunos, pero que nos compete a todos porque la padecemos, sea usufrutuada por grupos particulares los cuales, a su vez, producen crisis particulares que, por el tipo de solución planteada, agravan la crisis estructural en una espiral infinita.

De ninguna manera pretendo afirmar que la situación actual no nos compromete a todos. Lo que afirmo es que se nos quiere involucrar en la solución coyuntural decorada, que involucra intereses privados con apariencia de públicos y no en la solución de fondo, que es la verdaderamente pública. De ahí que sea tan común la confusión, difundida con deliberada ignorancia, entre problemas de Estado y problemas de gobierno, que trata de hacer pasar unos por otros. Como resulta evidente, en un Estado débil se hacen más evidentes las debilidades de un gobierno.

En este contexto, la llamada sociedad civil, aunque padece en última instancia las consecuencias negativas de la situación actual, no está

involucrada en la forma como se originó, lo cual es obvio, ni en la forma como se están planteando sus soluciones, aunque se apele a la consulta popular -que incluye el peligro de la opinión cooptada- o al proceso jurídico -politizado desde el inicio-.

La actual crisis no es, en definitiva, una crisis de los gobernados sino de los gobernantes. Es una crisis del sistema político y del funcionamiento de las instituciones estatales que se manifiesta en el actual gobierno, utilizada para acceder al control de aquéllas pero sin cambiar el modelo de su funcionamiento.

## II. Segunda variable. La información sobre la crisis

No es casual que frente al vértigo sin medida, frente a la irracional velocidad de los acontecimientos, el público en general, con anónimas y contadas excepciones, asista como espectador pasivo, como objeto de encuestas de opinión o como consumidor insomne de una información que trasciende las horas y encanta las vigilias. La cantidad de información, como es obvio, se mide por su volumen e interesa exclusivamente a los criterios comerciales de la competencia en las comunicaciones, hasta el punto que los medios colombianos, además de los aguaceros de tinta que han hecho llover, entrarán a las grandes ligas del "reportaje" político al lograr jugosas sumas con la transmisión de los debates.

Es más importante preguntarse por la calidad y las características de la información que recibe el público y, por supuesto, me refiero al público interesado.

Lo primero que salta a la vista atenta -que incluiría el tipo de análisis hecho en la primera variable- es que la información de la prensa se refiere, casi exclusivamente, a la crisis coyuntural sin contextualizarla en relación con el problema de fondo. Siempre resultará indispensable, conveniente y necesario el máximo grado de información sobre el hecho en sí mismo, pero no hasta el grado de hacer de éste un mundo cerrado, completo y aislado y de la información a él referida una especie de teosofía o una metafísica que lo mistifica. Es claro que tras esta manera de presentar la información se encuentra el afán comercial que permite la subsistencia de los medios, una de cuyas tácticas posibles es convertir los hechos noticiosos en objeto de consumo, diversificando el mismo objeto para distintas formas de consumo.

La opinión pública se puede entender como opinión del público o como opinión para el público. Entre estos extremos se sitúan muchas posibilidades, pero no me cabe duda que la opinión pública nuestra, en particular la opinión política y más en particular la opinión sobre la situación actual, no es opinión del público sino opinión producida por los actores principales que utilizan los medios para beneficio de su situación y opinión generada por los mismos medios en tanto agentes alinados en uno u otro bando. Es decir, se produce una manipulación mutua entre actores y medios, siempre alrededor de los máximos y mínimos detalles de la coyuntura.

En medio del maremágnum confuso y difuso de la información, que alcanza los niveles del chisme, el gran perjudicado es el ciudadano común, en particular el ciudadano interesado que, desde el punto de vista de la cultura política, queda convertido en un ciudadano autista, viviendo en el mundo de la palabrería infinita, pero cerrada, producida en relación con la coyuntura, secando su imaginación, su voluntad y sus afanes vitales. Es decir, lo que podría dar lugar para un proyecto de reconstrucción política del país se enreda en el libreto de una novela que narra la vida de dos amantes infieles, condenados a habitar en un caserón desvaído; una novela que, entre la curiosidad, la apatía o el desdén, la gente consume en sus descansos.

No me disculpo de no dar crédito a la calidad y a la pequeña cantidad de información crítica y analítica que producen los medios y otras entidades independientes para tratar de balancear el tipo de información predominante. Y no lo hago porque es pequeña en cantidad y sigue siendo anónima a pesar de su calidad; y, en estos casos, lo que es anónimo es inocuo, es decir, no produce el efecto de crear sensibilidad y cultura política que trascienda el juego particular de las opiniones interesadas y que llegue a la mayor cantidad de público posible para que éste la recree y se recree en formas alternativas de conocimiento.

### III. Tercera variable. Tácticas de los actores de la crisis

Parece evidente deducir de los anteriores apartes que toda la información producida por los actores se refiere a su situación particular en relación con el fenómeno aislado. En una situación de este tipo cada actor principal del conflicto -y me refiero principalmente al gobierno y a sus opositores, así como a los denunciados y a los denunciantes- actúa desagregadamente y a la defensiva. Sus acciones se planean para un cortísimo plazo por lo

impredecible del futuro. Es una situación límite en la que los involucrados buscan sobrevivir de diferente manera y según sus posibilidades.

Una vía para la sobrevivencia es tratar de involucrar en el interés particular de cada uno de los actores a la mayor cantidad posible de miembros de la sociedad. Es decir, para defenderse a sí mismo y beneficiarse con la crisis, es necesario tener acceso franco y rápido tanto a los medios de difusión como a los organismos estatales que tienen los recursos que se necesitan, influyendo en las decisiones apropiadas de un organismo público dado.

Para salir de la crisis coyuntural, se aceleran los mecanismos que ya son propios de la crisis estructural: la corrupción y el clientelismo. Al socializar la crisis de los directamente implicados se socializan sus características; por ello se puede entender que se manifiesten, de manera más nítida, fenómenos ya viejos. En efecto la proliferación del oportunismo, la codicia, la falta de solidaridad y la corrupción de un gobierno en crisis, permite que en una coyuntura especial afloren las características de un sistema político que también está en crisis.

#### IV. Cuarta variable

##### *a) Consecuencias negativas de la crisis para la sociedad en general*

La pulverización de la sociedad en innumerables actores individualistas y oportunistas y el enojo colectivo ante una situación que parece causado por todos y por nadie, recicla la crisis en una nueva espiral. Ese sentimiento colectivo es suelo fértil para las ideologías antiestatistas simplistas, para el desconocimiento del estado de derecho, para las desmesuras políticas. Y todo ello por una razón: porque impulsa la pérdida de prestigio de la democracia y de sus instituciones.

Estos problemas, que producen un ciudadano atomizado no permiten avanzar hacia una democracia con solidez en la convivencia, y no unánime, sino capaz de respetar las reglas de juego para la disensión racional en la que se separe y se haga claridad sobre lo que es de interés general y público y lo que es de interés particular y privado.

Igualmente, estos problemas y la forma como se les resuelve, producen lo que podríamos llamar gobiernos instrumentales e inmatematistas, puesto que en circunstancias como éstas -y con las consecuencias que generan- se hace extremadamente difícil la puesta en práctica de políticas estructurales,

de largo plazo y negociadas multilateralmente. Por último, esos problemas inciden fuertemente en la legitimación y la tolerancia hacia tradiciones políticas de estilo antidemocrático, se amplía la tolerancia frente a la ilegalidad y frente a las salidas extremas, entre ellas las violentas.

Las características de nuestra sociedad política sugieren esos peligros. En efecto, es común la afirmación según la cual crisis como las nuestras se deben a las debilidades del Estado como institución -de las cuales ya hicimos relación- y se hace muy poca referencia a las debilidades de la sociedad -como entidad política-. Ya sabemos que nuestra sociedad civil es débil porque no es autónoma desde su origen en tanto se ha creado desde arriba, es decir, desde el Estado, desde las instituciones y las instancias de gobierno a expensas de las cuales sobrevive. De ahí que la característica fundamental de nuestra sociedad civil es que sea gobernada y no gobernante, que sea políticamente apática, indigente, inocua, que tenga el color del paludismo político. En una coyuntura como la actual es cuando resalta más esa indigencia como especie de reflejo de la que ya es propia del Estado y que manifiesta el actual gobierno.

Por supuesto, de la sociedad civil forman parte muchos grupos, unos más organizados que otros, con mayor y menor capacidad de presión y de influencia: organizaciones políticas, religiosas, étnicas, sociales, culturales, económicas -patronales, sindicales, mixtas-; todos los grupos de interés y de presión de derechas y de izquierdas, ONG's y, en fin, hasta los ocasionales y fervorosos grupos de señoras que se reúnen públicamente para exigir respeto a su dignidad. Por lo regular, en circunstancias como las actuales, la mayoría de esos grupos busca acomodarse en la crisis, lograr una oportunidad para sus muy particulares intereses, lo que permite acuñar para la teoría política un nuevo concepto, el "socialoportunismo". Estos tampoco le juegan a una solución estructural de la crisis sino a las soluciones coyunturales y parciales.

Pero de la sociedad civil también forma parte la masa informe y anónima que por apatía o por ignorancia no es movimiento social, ni grupo de interés o de presión, y que además no es inmóvil políticamente ya que -y ese es el riesgo- puede ser movida a discreción puesto que, de partida, no le juegan a ninguna alternativa de solución o le juegan a cualquiera.

La sociedad civil en su conjunto -con unas u otras de las características anotadas antes- no tiene hoy una alternativa que permita una solución a la

crisis estructural sin que se quiebre el equilibrio del sistema o del régimen político. Por ello no resulta casual que las alternativas de solución que se están planteando vayan en la dirección de una salida "decorosa" o decorada y que sean los grupos de la sociedad civil con mayor capacidad de presión y de influencia -que regularmente buscan intereses muy privados- los que medren alrededor de esas alternativas.

Es altamente previsible que la solución tome estos rumbos. Y a falta de la posibilidad de una solución estructural, me parece que, aún con el altísimo grado de politización que contiene el proceso jurídico, lo que más conviene a la sociedad en general, a corto y a largo plazo, es defender el pedazo de democracia procedimental o formal que aún nos queda, aunque nos duela que la democracia sustancial y la democracia política sigan siendo quimeras.

#### *b) Conclusiones positivas*

Ser pesimista puede llegar a ser tan irresponsable como ser optimista, porque el pesimismo conduce al desespero y de éste a la violencia no hay sino un paso; y el optimismo puede conducir a la fatuidad y a la ingenuidad y allí también se cultivan las tiranías. Por ello un optimismo o un pesimismo moderado es propio de un ciudadano avisado y que reúne dos características de una cultura política que aún no tenemos: voluntad y conocimiento. Con la primera se adquiere sensibilidad y compromiso sin que sea necesaria la militancia y con el segundo se pueden sacar lecciones ejemplarizantes de coyunturas como la actual.

Lo que tenemos hoy es gente con una gran voluntad política -incluidos por supuesto los llamados "animales políticos"- pero sin mucho, o con poco o ningún conocimiento político, y gente con conocimiento político y sin voluntad política. Siempre queda la esperanza de que las lecciones positivas deducidas de hechos históricos negativos como los que vivimos se socialicen y sedimenten templando el carácter y el criterio de la sociedad política en general, de tal manera que sea capaz de gobernar a sus gobernantes.

Es en este contexto donde adquiere profunda significación convocatorias como la que llama a la organización de veedurías ciudadanas, que no se involucren en el juego farandulesco de las posiciones en pro o en contra de una de las partes y que, consecuentemente, no tengan interés por acomodarse en la solución coyuntural de la crisis.

Ante la inminencia de una solución coyuntural, que en el mejor de los casos sería legal, en el menos malo decorada y en el peor ilegal, las veedurías deberían realizar, a mi modo de ver, tres trabajos básicos:

1. Por la vía política, el fortalecimiento de la sociedad por medio del crecimiento organizativo para contener tanto salidas ilegales y antidemocráticas como salidas decoradas. Esta es, para volver al comienzo, parte de la lucha contra la privatización de la fuerza y de la política.

2. Como consecuencia de lo anterior, y por la vía jurídica -sin que ello implique anteponer el legalismo y el formalismo-, vigilar el procedimiento y denunciar legal y políticamente sus desviaciones. Esta es, también para volver al comienzo, parte de la lucha contra la privatización del derecho y de la justicia.

3. Y en la parte pedagógica, socializar al máximo las enseñanzas positivas y negativas relacionadas con los efectos que la solución coyuntural tenga sobre la crisis estructural, y con las enseñanzas positivas que sirvan para el fortalecimiento y la autonomía ético política de grupos cada vez más amplios de la sociedad. Esto es incentivar la sensibilidad y el conocimiento sobre la política.



Instituto de Estudios Políticos  
e Unidad de Documentación